

LEYENDO EL "ARIEL" DE RODO *

No sin hesitación nacida del secreto temor a un desengaño, reabrimos después de una pausa de olvido los libros que encantaron nuestros primeros años de lectores. Mejor sería, pensamos inevitablemente, no sobreponer una impresión escéptica al recuerdo de aquellas lecturas confundidas con las horas inciertas y dulces de la adolescencia, cuando nuestras admiraciones literarias tenían todavía el fervor claro y alegre de la fe de los neófitos, horas hurtadas al deber de las aulas para acercarnos a algún libro precioso como a un atrio de mármol. ¡Cuántas frases cantantes, cuántos pensamientos vestidos de nobles palabras, quedaron desde entonces prendidos en nuestra memoria! Compases de una serenata cuyas notas arrastró el viento, vienen a herir otra vez nuestros oídos y a reanimar el brillo de recuerdos palidecidos y remotos. Vivir es limitarse, trocar las innúmeras posibilidades del anhelo por las realidades exiguas de la acción, cuando no por la crudeza de los fracasos. ¡Dichosa edad y dichosos momentos aquellos en que ajeno a propósitos críticos era parte del auditorio que, junto a la cátedra de Próspero, sufría el sortilegio de sus palabras aladas! Una armonía plácida llenaba la estancia y las ideas parecían acariciar nuestra frente con alas de seda. "A la juventud de América", reza la dedicatoria en la carátula del libro que salió en 1900

* *La Nación* Buenos Aires, domingo 12 de julio de 1925.

de Montevideo, difundiendo un mensaje que despertó multiplicadas resonancias en los países del habla castellana. Las impresiones que Ariel dejaba en sus lectores jóvenes sólo serían comparables a las que suscitaban los poemas de Rubén Darío, cuyo numen cruzaba el cielo de América como un pájaro azul, un fabuloso pájaro de música y de ensueño.

Exaltaba el libro el valor de la juventud, fuerza virgen y sagrada; pregonaba un ideal de perfección que exigía el cultivo total de las facultades humanas; prevenía contra las mutilaciones que nacen del fanatismo que sacrifica la rica complejidad de la vida al imperio de una idea única, o las que dimanen de la especialización que reduce el horizonte intelectual, fomentando la ignorancia y el descuido de los supremos intereses de la especie. Una norma indefectible de buen gusto nos precavía contra las deformaciones espirituales de que la vida es causa en nuestras modernas sociedades. Y, pasando a discurrir de los destinos colectivos, mostraba el libro a la democracia de América, redimida en lo futuro de las impurezas de lo presente, enaltecida por el trabajo, iluminada por el fulgor del pensamiento, alzándose en el mundo como pedestal de la aérea estatua de Ariel amenazada siempre por la rebelde torpeza de Calibán. Eramos los jóvenes los destinados a acaudillar las legiones "en los combates por la causa del espíritu". Nada importaban el desconcierto, el enrarecimiento intelectual, la hosquedad de semblante de los años que desfilaban ante nuestra contemplación. El libro vertía en nuestros oídos el filtro mágico: el pensamiento de lo porvenir; nos regalaba la encantada sortija de las mil y una noches, que hace verdaderas las más opulentas fanta-

sías. Nos concitaba luego a la acción para acercarnos a esa tierra prometida de lo porvenir. La impresión de esa convocatoria para una acción inconcreta, concordaba con la vaguedad de los descos jóvenes, impacientes y nerviosos como caballos nuevos de raza. Las palabras "ideal, desinterés, acción", despertaban en nuestros pechos ecos lejanos e inefables.

He releído el libro cómplice de aquellas gratisimas divagaciones. Era injusto el miedo a una decepción que me inquietaba. Las frases se desenlazan limpiamente en mi memoria y componen una blanda música de ideas. El discurso de Próspero se despliega con ritmo gracioso y revela su ordenación interna, un orden fundado sobre un pensamiento equilibrado. La arquitectura del librito es de fineza jónica; es un templete animado y sostenido por las elegantes cariátides de las parábolas. El estilo, ya desnudo de las frondosidades ramificadas de los primeros ensayos, ostenta aún en su pulcritud aliñada, un sello de frescura y de espontaneidad, que Rodó sacrificó en su obra posterior, si bien a trueque de cualidades de otro orden.

Algunas parábolas de Proteo son páginas de Antología; pero esa prosa con tanto afán repujada no hará olvidar la estampa de rosados tonos y bíblico candor del rey patriarcal, que en Ariel enseña con su ejemplo a defender la libertad interior; el rey de barbas floridas que dentro del hospitalario alcázar, casa del pueblo, esconde la estancia secreta, imagen humana y laica de la estancia interior de que supieron los místicos, la estancia del vino de Juan de la Cruz, el centro del alma guardado para la meditación solitaria y el "ocio" fervoroso de pensamientos desinteresados y esenciales... Ni harán olvidar tampoco las

páginas en que define el simbolismo de Ariel, el genio del aire en quien Shakespeare-Renán encarnó la parte divina del hombre, contrapuesto a Calibán para expresar la dualidad eterna de nuestra naturaleza, tal como el Quijote se opone completándolo al Sancho rústico y plebeyo. Bajo la advocación de Ariel, el Quijote interior tentó, o imaginó al menos, alguna de sus primeras salidas por el mundo; acaso no tuvo virtud para más el indefinido idealismo del libro; pero es bueno al entrar en la vida que alguien nos convoque para alguna pelea desinteresada aun a riesgo de estrellarnos contra molinos de viento y ejércitos de fantasmas... El nocturno final — “era la noche ya; una cálida y serena noche de estío...” — parece recoger las ideas que han quedado flotando en el ambiente, inmateriales y puras, para que mueran cantando en un delicioso trémolo de violines a la sordina... En relación de hermosura habría que citar el libro entero, breve y serenísimo.

Una ráfaga de optimismo emana de sus páginas y responde con una incitación a la acción, a las dudas e interrogaciones de “El que vendrá”.

El escritor que confesara poco antes su desorientación espiritual, se adelanta ahora, latiendo el corazón al impulso de un sentir optimista, a repartirlo a los jóvenes. Plañía “El que vendrá” la decadencia de las doctrinas exhaustas e invocaba al innovador cuyo espíritu radioso de luz matinal incendiaría en celajes de púrpura el nebuloso horizonte crepuscular del siglo. Nace Ariel con el siglo nuevo. Anhela Rodó colaborar en el programa que formularán los jóvenes, como norma para sus actividades, antes de ingresar en la vida. Al dirigirles la palabra para hablarles de su

destino futuro y de su acción en la sociedad, piensa gravemente que es aquélla una especie de oratoria sagrada. En su laico sermón expone los motivos de esperar, las razones vitales que ha salvado incólumes de "las tristes e inevitables citas de la duda" y que pretende infundir en sus oyentes.

Rastreando en la producción novelesca, reflejo de la moderna sociedad, señala un resurgir de la confianza en sí mismo, de la juventud interior y el entusiasmo que parecían virtudes agotadas en los héroes que pueblan las novelas del siglo desde la aparición de René a la de Durtal. Tal rebrotar de energías juveniles es para él un signo más de la reacción idealista que había indicado ya, en los ensayos de la "Revista Nacional". Estimular, apresurar esa reacción, es el móvil que induce a Próspero a colaborar en la orientación moral de los jóvenes. El mundo cansado ha menester de la osadía innovadora de la juventud. "No bien la eficacia de un ideal ha muerto, exclama, renovando una alegoría de Guyau, la humanidad viste sus galas triunfales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provoacar esa renovación, inalterable como un ritmo de la naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud."

El mensaje de Ariel llega en hora propicia a la América nuestra. Rodó explicó esas razones de oportunidad en el meduloso ensayo que en 1910 consagró a "Idola Fori", el libro del colombiano Carlos Arturo Torres, muy penetrado del influjo de Ariel y coincidente en muchas ideas y aspiraciones con las que informaban su prédica. Pone en evidencia en ese escrito las deformaciones que las doctrinas positivistas, pro-

pagadas mal y con atraso. sufrían en los ambientes americanos, en los que provocaban rastreras tendencias utilitarias, torpes glorificaciones del éxito, del egoísmo y de la fuerza y producían un decaimiento del sentido ideal de la vida. Precaria la cultura, oscurecido por un cosmopolitismo sin filtración ni selección el sentido tradicional que vinculaba nuestra historia a la de los pueblos maestros de la civilización de Occidente, extinguido en la vida política y social el respeto a las jerarquías superiores y benéficas, por efecto de una democracia desordenada y por el entronizamiento de jerarquías injustas, apresurábase la época que Rodó, recogiendo una frase de Sarmiento viejo, llama la época cartaginesa. La expansión de la riqueza volcaba sobre las ciudades capitales de pueblos todavía rudimentarios y a veces sumidos en la anarquía, una ola de sensualidad, y cimentaba una clase cuyo poder legitimaba el oro, el más ciego creador de falsas aristocracias sociales. El bienestar material concebido como fin único de la existencia individual y colectiva, el egoísmo a ras de suelo, hallaron justificación y loa en una menguada interpretación de las ideas positivistas que se derramó desde las cátedras sobre la minoría pensante y conductora. Extendióse paralelamente un concepto deprimido y escéptico de nuestra capacidad para regirnos como pueblos libres, concepto que tenía hartos desgraciada y notoria confirmación en los bárbaros cuadros que ofrecían nuestras embrionarias Repúblicas, debatiéndose en las luchas de su organización. El espectáculo del escenario europeo inclinaba a muchos a extender este concepto a la histórica trilogía de los pueblos maestros de la "raza latina", de los que nos gloriábamos de ser vástagos: Francia era la

vencida del 70; la grandeza de la "terza Italia", aún estaba en el yunque; España expiaba trágicamente los errores y las torpezas de su política colonial. Gozó de boga inmerecida el olvidado libro de Desmoulins, propagador de la idea de la superioridad de los anglosajones, arquetipos triunfantes en Europa y en América frente a los pueblos latinos y sus envilecidos retoños. El bajo positivismo de las cátedras acentuaba los tonos fenicios de esta hora de nuestra civilización. "Fue, escribe Rodó, un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica como poder infalible, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, a la falsa comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasare los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y de lo útil".

En los centros de cultura europea se preparaba y precipitaba, en tanto, la reacción contra aquel crudo y limitado positivismo. Nuevos espíritus surgían y se columbraban desconocidos horizontes. Eran los días en que fenecía el melancólico ocaso de la generación que trajo a Taine, a Guyau y a Renán, cuyo pensamiento

imprimió perdurable huella en el espíritu de Rodó. El dogma positivista de que aquella generación fuera campeón y heraldo, aparecía insuficiente para explicar el enigma del destino humano. Los maestros mismos habían sentido las frentes rozadas por una inmensa inquietud, dispersa en el ambiente; tema de todos era la llamada "inquietud finisecular", en la que se cruzaban los ecos de preocupaciones artísticas, religiosas, sociales y políticas. En el recogimiento de aquella hora en que una generación, exhausta ya, pasaba a manos de otra el cetro de las realezas del espíritu, se preparaba la floescencia de futuros idealismos. Sobre el cenáculo de Medan, cuya dispersión señalaba el derrumbamiento del naturalismo que se había enseñoreado de la novela, pasaba un viento de la estepa lejana, descubierta en un libro de Melchor de Vogué, el soplo del cristianismo humanitario y comunista de Tolstoi; Dostoyevski, el formidable y perturbador artista, creador de almas abismáticas, aparecía ante la asombrada conciencia de Occidente; la novela rusa difundía doquier una suerte de misticismo turbio y anárquico. Ibsen, rey de la escena, volcaba su ideología nórdica sobre el alma francesa. El arte plástico y marmóreo de los parnaseanos cedía el paso a la poesía de medias tintas, llena de sugerencias penumbrosas de los simbolistas. Nuevos pensadores rompían los moldes del viejo positivismo o los ensanchaban. Boutroux, el filósofo de la contingencia, ahondaba la crítica del mecanismo cientificista; Bergson, el filósofo de la intuición, alzaba contra la soberanía exclusiva de la razón crítica su pensamiento, tan poderoso como de ricos e inaprehensibles matices. La preocupación metafísica se hundía de nuevo en el corazón de la filo-

sofía. Señalando la influencia de las nuevas doctrinas, un discípulo de Bergson, Eduardo Le Roy, emplea las mismas palabras con que Brunetiére encabeza una síntesis famosa de las corrientes espirituales de fin de siglo: renacimiento del idealismo. En su libro "Los maestros de la hora" Víctor Giraud ha hecho el balance de las ideas directrices de la generación literaria del 70, la que recoge la herencia de Taine y de Renán, los dos máximos espectadores de la vida y del pensamiento universal de la Francia de la segunda mitad del siglo, y la lleva, sin renunciar del todo a ella, a dilatarse en otras concepciones. Desde ese punto de partida se abren en abanico las rutas espirituales de Bourget, Lemaitre, Barrés, Vogué, Maurras... Atento al desarrollo del pensamiento francés, Rodó tomó puesto en esa dirección. La palabra "idealismo" aparece ya en su primer artículo de la "Revista Nacional" y vuelve a aparecer en el comentario de la obra de Clarín, quien torcía ya su rumbo buscando esa misma orientación.

Herederero de aquellos maestros, no apostató nunca de sus doctrinas; rechazó sólo las estrechas interpretaciones de los discípulos; denunció las deformaciones vulgares y groseras que sufrían al propagarse, como las aguas intactas de los manantiales de las alturas se cargan de cieno al rodar a los valles. Cuando explica las influencias propulsoras de su idealismo, dice: leíamos nuevos libros; releíamos e interpretábamos mejor los antiguos. Incansable lector, leyó, sin duda, muchos libros que llegaban a su mesa de trabajo con la tinta aún fresca; pero releyó. releyó siempre con particular delectación los queridos libros iniciadores. Y al margen de libros que envejecían fue escri-

biendo su obra... Precisa, pues, Rodó, los impulsos de su idealismo; "la lontananza idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía de la palabra de Guyau; el sentimiento heroico de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoi y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona". La enumeración de pensadores tan divergentes, de enseñanzas tan profundamente inconciliables, sin puntualizar la acción de cada cual, indica que Rodó acepta de ellas no doctrinas ni ideologías, sino cierta orientación general que le aparece como resultante de su convergencia y oposición. Según la frase que adopta de Carlos Arturo Torres, aspira la sutil esencia de idealismo que de ella se desprende; recoge el residuo o precipitado literario que deja al evaporarse. No avanza en la especulación filosófica; permanece en los aledaños de la filosofía. Le interesa más la actitud cordial que la concepción ideológica, dice con justeza el excelente crítico uruguayo Lauxar. Como noción fundamental, la tolerancia asentada en la idea de la relatividad del conocimiento humano. Con voluptuosidad, en la que hay algo de la complacencia del dilettante, aunque templada y vigilada por una seria creencia en sus deberes de escritor docente, rector de almas

jóvenes, alienta su espíritu suspendido en esa atmósfera cargada de gérmenes, de presentimientos, de aspiraciones confusas, características de un momento de transición. "Nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone entre ambos caracteres de idealidad el positivismo de nuestros padres. Somos los neoidealistas...". Este neoidealismo, de imprecisas fronteras, trata de rescatar la pobreza de sus afirmaciones esenciales, abriéndose sobre todo a las infinitas posibilidades de lo porvenir. (Ved cómo reaparece en Ariel el leit-motiv de "El que vendrá", que resurgirá también en Proteo y le servirá de epílogo.) No se concibe actitud más propicia para ejercitar la cardinal virtud de su espíritu: la virtud hospitalaria; brindará siempre algo de su simpatía y de su amor a los pensamientos y las doctrinas que lleguen hasta él, peregrinos desde las más remotas comarcas, no alzará nunca el puente levadizo de su alcázar interior. Los visitantes extraños ante el magnánimo recibimiento de aquel señor de melodiosa palabra y exquisita cortesía espiritual sentirán de verdad que no han llegado a real de enemigo.